

Fantina también rió como las demás.

Pero al cabo de una hora, cuando volvió á entrar en su cuarto, lloró. Era, como hemos dicho, su primer amor; se había entregado á aquel Tholomyès como á un marido, y la pobre muchacha tenía un niño.

LIBRO CUARTO

CONFIAR, ES Á VECES ENTREGAR

UNA MADRE QUE ENCUENTRA Á OTRA

En el primer cuarto de este siglo, había en Montfermeil, junto á París, una especie de bodegón que ya hoy no existe. Tenían este bodegón unas gentes llamadas Thénardier, marido y mujer, y estaba situado en la callejuela del Panadero. Encima de la puerta se veía una tabla clavada de plano en la pared. Sobre aquella tabla distinguíase algo pintado, que representaba como la figura de un hombre que lleva sobre sus espaldas otro hombre, el cual tenía grandes charreteras de general, doradas, con anchas estrellas de plata; unas manchas rojas figuraban sangre; y el resto del cuadro era humo, representando

probablemente una batalla. Abajo se leía esta cion : AL SARGENTO DE WATERLOO.

Nada más común que el ver un carreton ó una carreta á la puerta de una posada. Sin embargo, el vehiculo, ó por mejor decir, el fragmento de vehiculo que obstruía la calle frente al figon del Sargento de Waterloo, una tarde de la primavera de 1818, habria ciertamente, por su masa, llamado la atencion de un pintor que hubiera pasado por allí.

Era el avantren de uno de esos grandes carros que se emplean en los países montuosos, y que sirven para arrastrar maderos y troncos de árboles. Componíase este avantren de un eje macizo de hierro con su quicio en el cual encajaba una pesada lanza ó pértigo apoyado sobre dos ruedas enormes. Todo aquel conjunto era rechoncho, abrumador y disforme. Diríase la cureña de un cañon gigante. Los baches de los caminos habian dado á las ruedas, á las llantas, á los cubos, al eje y á la lanza una capa de limo, horrible embarradura amarillenta bastante parecida á aquella con que adornan expresamente las catedrales. La madera desaparecia bajo el lodo, y el hierro bajo la herrumbre. Por debajo del eje colgaba una gruesa cadena de Goliath en prision. Aquella cadena traía á la memoria, no las vigas que ella tenía por mision de transportar, sino los mastodontes y los megaterios que habria podido uncir; tenía ciertas trazas de presidio, pero de presidio ciclópeo y sobrehumano, y parecia destacada de algun monstruo. Homero habria amarrado con ella á Polyfemo y Shakspeare á Caliban.

¿Por qué se hallaba aquel avantren de carro en tal sitio de la calle? En primer lugar, para estorbar, para obstruir la calle; y despues, para acabar de llenarse de herrumbre. En el antiguo régimen social hay una multitud de instituciones que se encuentra uno á su paso del

mismo modo, en medio del camino, y que no tienen otros motivos para hallarse allí.

El centro de la cadena pendia bajo el eje bastante cerca del suelo, y sobre aquella curvatura, como sobre la cuerda de un columpio, hallábanse sentadas y agrupadas aquella tarde, en exquisito enlazamiento, dos niñas, la una como de dos años y medio, y la otra de diez y ocho meses, la menor en brazos de la mayor. Un pañuelo atado con mucho arte las impedia caer. Una madre habia visto aquella espantosa cadena, y habia dicho : ¡Toma! hé aquí un juguete para mis niñas

Por lo demas, las dos criaturas, graciosamente y con cierto estudio emperifolladas, estaban hechiceras: parecian dos rosas entre hierro viejo; sus ojos eran un triunfo, sus frescas mejillas reian; la una tenía el pelo castaño, la otra era morena; sus semblantes candorosos eran dos asombros de encanto; un espinar florido que estaba allí cerca enviaba á los que pasaban por aquel sitio perfumes que parecian emanar de ellas; la de diez y ocho meses mostraba su lindo vientrecito desnudo, con esa casta indecencia que es propia de la niñez. Encima y en derredor de aquellas dos cabezas delicadas, amasadas en la dicha y envueltas en la luz, el gigantesco avantren, negro de herrumbre, casi terrible, todo él encabestrado de curvas y de ángulos feroces, se redondeaba como un porche de caverna. Á la distancia de algunos pasos, acurrucada en el umbral de la posada, la madre, mujer que, por lo demas, tenía un aspecto poco agradable, pero que no dejaba de interesar en aquel momento, hacia columpiar á las dos niñas por medio de una larga cuerda, cobijándolas con los ojos, temerosa de algun accidente, con esa expresion, animal y celestial á la vez, propia de la maternidad; á cada vaiven, los horrorosos anillos formaban cierto ruido estridente que se asemejaba á un grito de ira;

las niñas se extasiaban, el sol en su ocaso tomaba parte en aquel gozo, y no es posible imaginar cosa más encantadora que aquel capricho del acaso que había hecho de una cadena de titanes un columpio de querubines.

Mientras que mecía á sus niñas, la madre cantaba á média voz, con acento de falsete, una romanza célebre entónces :

Es necesario,
Decía un guerrero...

Su canto y la contemplacion de sus hijas la impedían reparar en lo que á la sazón pasaba en la misma calle.

Entre tanto, una persona se acercó á ella, á tiempo que empezaba la primera copla de su romanza, y de repente oyó una voz que decía muy cerca de su oído :

— Vaya que tiene usted dos niñas preciosas, señora.

— Á la bella
Y tierna Fantina,

respondió la madre, continuando su romanza, y en seguida volvió la cabeza.

En frente de ella, y á algunos pasos de distancia, se hallaba una mujer. También esta mujer tenía una niña, que llevaba en sus brazos.

Además iba cargada de un enorme saco de noche, que parecía bastante pesado.

La niña de esta mujer era uno de los séres más divinos que es posible ver. Tenía de dos á tres años. Habría podido competir con las otras dos, por lo que hace á la compostura y á la coquetería. Llevaba un bavolet de hilo fino, cintas en su justillo y valenciennes en la gorrita. Un pliegue alzado en su faldita dejaba ver una pierna blanca, torneada y robusta. Su color de rosa era admirable y anunciaba buena salud. La hermosa niña incitaba á besarla en sus

ricos molletes. Nada podía decirse de sus ojos, sino que debían ser muy grandes y que tenían unas pestañas magníficas. Estaba dormida.

Dormida con ese sueño de absoluta confianza tan propio de su edad. Los brazos de una madre son blandos, como hechos de ternura; y los niños duermen sobre ellos profundamente.

Por lo que hace á la madre, tenía un pobre y mezquino aspecto; vestía el traje de una obrera que tiende á convertirse de nuevo en labradora. Era joven. ¿Y bella? tal vez; pero con aquella ropa no lo parecía. Su pelo, de donde se destacaba una mecha rubia, tenía trazas de ser muy espeso, pero desaparecía severamente bajo una cofia de beata, fea, ajustada, estrecha, y atada en la barba. La risa enseña una hermosa dentadura cuando se posee; pero ella no reía. Parecía que sus ojos no se habían visto secos hacía ya mucho tiempo. Estaba pálida, mostraba hallarse muy fatigada y algo enferma; miraba á su hija dormida en sus brazos con ese ademán propio de la madre que ha amamantado á su hijo. Un pañuelo grande azul, como los que usan para el bolsillo los Inválidos, doblado en forma de pañoleta, disfrazaba de un modo pesado su talle. Tenía las manos tostadas y todas plagadas de pecas, el dedo índice endurecido y destrozado por la aguja, y llevaba una toca de lana burda, color de café, un vestido de algodón y zapatos gruesos. Era Fantina.

Si, era Fantina, hartó difícil de reconocer. Sin embargo, si se la examinaba atentamente, conservaba siempre su hermosura. Un pliegue triste, que se asemejaba á un principio de ironía, arrugaba su mejilla derecha. Por lo que hace á su traje, aquel traje aéreo de muselina y de cintas que parecía hecho de alegría, de locura y de música, lleno de cascabeles y perfumado de lilas, se había disipado como esas lucentes gotas de rocío que se tomarían por diamantes al sol,

y que se deshacen dejando negra la rama del árbol al cual estaban adheridas.

Diez meses habian transcurrido desde el día de la « buena farsa ».

¿Qué habia pasado durante estos diez meses? fácil es adivinarlo.

Después del abandono, la penuria. Fantina perdió de vista en seguida á Favorita, á Zefina y á Dahlia; roto el lazo por el lado de los hombres, no tardó en deshacerse por el lado de las mujeres. Quince días después, les habrían causado suma extrañeza si les hubieran dicho que eran amigas: ya esto no tenía razón de ser. Fantina habia quedado sola. Cuando hubo marchado el padre de su niña, — ¡ah! estos rompimientos son irrevocables, — se halló absolutamente aislada, con la costumbre del trabajo de ménos y la afición al placer de más. Arrastrada por su relación con Tholomyès á desdeñar el pobre oficio que sabía, habia abandonado su clientela; todas las puertas estaban cerradas para ella, sin que la quedase ningún recurso. Fantina sabía apenas leer y no sabía escribir. Únicamente la habian enseñado en su infancia á firmar su nombre. Por eso habia hecho escribir á un memorialista una carta para Tholomyès, y luego una segunda, y después una tercera. Pero Tholomyès no contestó á ninguna de ellas. Cierta día oyó Fantina á unas mujeres murmuradoras que miraban á su hija y que decían: ¿Es que nadie hace caso de tales criaturas? para esos niños, se encoge uno de hombros, y se concluyó! — Entonces recordó ella que Tholomyès también se encogía de hombros y no miraba nunca con formalidad la existencia de aquella inocente criaturita; y su corazón adquirió un tono sombrío con respecto á aquel hombre. Entretanto, ¿qué partido tomar? Ya no sabía ella adónde ni á quién dirigirse. Había cometido una falta; pero, según se recordará, el fondo de su naturaleza era todo él, pudor y virtud. Conoció vagamente

que se hallaba en vísperas de caer en la miseria y de resbalar en la ignominia. Era preciso tener valor, lo tuvo y se reanimó. Avínole la idea de volverse á M. sobre el M., su pueblo natal. Tal vez allí la conocería alguien y le darían trabajo; sí, pero en todo caso, era menester ocultar su falta; y ella entreveía confusamente la posible necesidad de una separación más dolorosa aún que la primera. Su corazón se vió oprimido, pero tomó su resolución. Fantina, según se verá, tenía la enérgica bravura de la vida. Ya habia renunciado valerosamente al lujo, vistiéndose de percal, y colocando toda su seda, todos sus trapos, todas sus cintas y encajes sobre su hija, única vanidad, y vanidad santa, que la quedaba. Vendió todo lo demás que poseía, lo que le produjo unos doscientos francos; pagadas sus pequeñas deudas, se quedó solamente con ochenta francos. Á la edad de veinte y dos años, en una hermosa mañana de primavera, abandonaba á París, llevándose su niña á la espalda. Todo el que las hubiera visto pasar á las dos habria tenido compasión de ellas. Aquella mujer no tenía en el mundo sino á aquella niña, y aquella niña no tenía en el mundo sino á aquella mujer. Fantina habia criado á su hija; de resultas de esto, se hallaba fatigada del pecho y tosía un poco.

Ya no tendremos ocasión de hablar del Sr. Félix Tholomyès. Nos limitaremos á decir que veinte años después, bajo el reinado de Luis Felipe, era un abogadazo de provincia, rico é influyente, elector juicioso y jurado muy severo; hombre de placeres siempre.

Á eso del mediodía, después de haber caminado de vez en cuando, para reposar, mediante tres ó cuatro sueldos por hora, en lo que llamaban entonces las tartanas de las cercanías de París, Fantina se encontró en Montfermeil, en la callejuela del Panadero.

Al pasar por delante de la posada Thénardier, las dos niñas que se divertían en su columpio monstruo habian

ido para ella una especie de fascinación, y se detuvo ante aquella visión de gozo.

Si hay hechizos, aquellas dos niñas fueron uno para aquella madre.

Considerábalas ella enteramente conmovida. La presencia de los ángeles anuncia el paraíso. Por consiguiente, creyó ella ver encima de aquella posada el misterioso *Aquí* de la Providencia. Evidentemente, aquellas dos criaturitas eran dichosas. Ella las miraba y las admiraba, tan enternecida, que en el momento en que la madre tomaba alientos entre dos versos de su canción, no pudo ménos de decirle las palabras que acaban de leerse :

— Tiene usted dos niñas muy lindas, señora.

Los séres más feroces se desarman en presencia de una caricia hecha á sus hijos.

La madre levantó la cabeza, dió las gracias, é hizo sentar á la pasajera en el banco de la puerta, hallándose ella sentada en el umbral, como hemos dicho. Las dos mujeres empezaron á platicar.

— Yo me llamo madama Thénardier, dijo la madre de las dos niñas. Tenemos este meson.

Y en seguida, siempre con su romanza, continuó cantando entre dientes :

Soy caballero, es preciso
Que marche hácia Palestina.

Era esta madama Thénardier una mujer encarnadota, carnuda, angulosa ; el verdadero tipo desagradable de la mujer del soldado, y, cosa rara, con cierto porte inclinado que debía á las lecturas romanescas. Una marimacho melindrosa. Antiguas novelas que han ido á refugiarse en las imaginaciones de las bodegoneras suelen producir esos resultados. Todavía se hallaba en la flor de su edad ; pues apenas tenía treinta años. Si aquella mujer, que estaba

casi sentada en el suelo, se hubiera hallado de pié, tal vez su elevada estatura y su busto de coloso ambulante, de esos que enseñan á los muchachos en las ferias, habrían asustado por de pronto á la viajera, turbado su confianza, y desvanecido completamente lo que vamos á referir. Á veces los destinos dependen de tales accidentes : de que una persona esté sentada en vez de estar de pié.

La viajera refirió su historia, algo modificada.

Que era una obrera ; que su marido habia muerto ; que no hallaba trabajo en París, é iba á buscarle á otra parte, á su tierra ; que habia salido de París, á pié, aquella misma mañana ; que como llevaba su niña en brazos, sintiéndose fatigada, y habiendo encontrado en el camino el carruaje de Villemomble, habia subido en él ; que de Villemomble habia venido á Montfermeil andando ; que la niña tambien habia andado algo, pero no mucho, pues era muy pequeñita ; viéndose ella precisada á tomarla en brazos al poco tiempo, donde venia dormida.

Y al decir esto, dió un beso tan apasionado á su hija, que la despertó. La niña abrió los ojos, sus grandes ojos azules como los de la madre, y miró, ¿ qué ? Todo, y nada, con ese semblante grave y á veces severo de los niños, que es un misterio de su luminosa inocencia en presencia de nuestros crepúsculos de virtud. Diríase que ellos se sienten ángeles y que nos reconocen hombres. En seguida la niña se echó á reir, y á pesar de que su madre la retenia, se lanzó al suelo con la indomable energía de una criaturita que desea correr. De repente vió á las otras dos niñas en su columpio, se detuvo, y sacó la lengua, en señal de admiración.

La tía Thénardier hizo que bajaran sus hijas de la cadena, y dijo :

— ¡ Ea ! á jugar las tres juntas.

En esa edad, la familiaridad viene en seguida ; al cabo de un minuto, las niñas Thénardier jugaban

con la recién llegada haciendo hoyos en la tierra, placer inmenso para ellas.

La forasterita era muy alegre; la bondad de la madre se hallaba escrita en la alegría de su tierna hija; había tomado un palito que la servía de azadón y con el cual ahondaba enérgicamente una fosa que podía servir para una mosca. Lo que hace el sepulturero, se convierte en fiesta hecho por los niños.

Las dos mujeres continuaron hablando.

— ¿Cómo se llama su cominito de usted?

— Coseta.

Coseta, léase Eufrasia. Con efecto, la niña se llamaba Eufrasia; pero la madre había hecho, de Eufrasia, Coseta, en virtud de ese dulce y gracioso instinto de las madres y del pueblo que transforma á Josefa en Pepita, á Dolores en Lola y en Paquita á Francisca. Género de derivados capaz de desconcertar á toda la ciencia de los etimologistas. Nosotros hemos conocido á una abuelita que logró hacer de Teodoro, Gnon.

— ¿Qué edad tiene?

— Va para tres años.

— Es como la mía mayor.

Entre tanto, las tres niñas se habían agrupado en una actitud de profunda ansiedad y contemplación; un suceso había acaecido; una lombriz gruesa acababa de salir de la tierra, y ellas tenían miedo; quedaron como en éxtasis.

Sus frentes radiantes se tocaban; diríase que eran tres cabezas en una auréola.

— Los niños, exclamó la tía Thénardier, en seguida hacen conocimiento!; véalos usted; cualquiera juraría que son tres hermanas!

Esta palabra fué como el rayo de esperanza que probablemente deseaba la otra madre, la cual cogió la mano á la Thénardier, la miró fijamente, y la dijo:

— ¿Quiere usted guardarme mi niña?

La Thénardier tuvo uno de esos movimientos de sorpresa que ni son el consentimiento ni la negativa.

La madre de Coseta prosiguió:

— Vea usted, yo no puedo conducir á mi hija al país. El trabajo no lo permite. Con una criatura, no se halla nunca colocación. ¡Son tan ridículos en aquella tierra! Dios sin duda ha hecho que pasase yo por su posada de usted. Desde que vi á sus niñas, tan lindas, tan limpietas, y tan contentas, eso me llegó al alma; y dije entre mí: Hé aquí una buena madre. Esto es; así serán tres hermanitas. Y además, yo no tardaré mucho tiempo en volver. ¿Quiere usted guardarme mi niña?

— Sería preciso ver ántes... dijo la Thénardier.

— Yo daría seis francos cada mes.

En este momento se oyó una voz de hombre que gritó desde el fondo del bodegón:

— Ni un céntimo ménos de siete francos; y pagando seis meses adelantados.

— Seis por siete son cuarenta y dos, dijo la Thénardier.

— Los daré, contestó la madre.

— Y quince francos, por separado, para los primeros gastos, añadió la voz de hombre.

— Total, cincuenta y siete francos, dijo gravemente la madama Thénardier. Y en medio de sus números y de sus cálculos, no dejaba de cantar en voz baja y vaga:

Es necesario,
Decía un guerrero

— Los daré, dijo la madre, tengo ochenta francos. Siempre me quedará lo necesario para llegar al país, yendo á pié. Allá ganaré dinero, y luego que haya reunido un poco, volveré aquí en busca de mi amor.

La voz de hombre recomenzó:

— ¿La chiquita tiene un ajuar ?

— Es mi marido, dijo la Thénardier.

— Sin duda que tiene un ajuar, mi pobre angelito. — Ya he pensado, señora, que sería su marido de usted. — ¡Y un ajuar bien hermoso ! una locura de ajuar ; todo por docenas ; y vestidos de seda como una señora. Aquí está, en mi saco de noche.

— Será preciso dáraosle, gritó la voz de hombre.

— ¡ Ya lo creo que se le daré á ustedes ! dijo la madre. ! Pues tendría que ver que dejara á mi niña enteramente desnuda !

La cara del amo se dejó ver al fin, diciéndole :

— Está bien.

El trato quedó concluido. La madre pasó la noche en la posada, entregó su dinero, dejó su hija, volvió á atar el saco de noche, bastante ligero ya despues de haber sacado de él el hatillo de la niña, y marchó á la mañana siguiente, con la idea de volver pronto. Estas separaciones se arreglan tranquilamente, pero la desesperacion mina la existencia de los seres así separados.

Una vecina de los Thénardier encontró á aquella madre cuando se alejaba del pueblo, y vino diciendo :

— Acabo de ver á una mujer que llora por esos caminos, de un modo desgarrador.

Cuando la madre de Coseta marchó, el hombre dijo á la mujer :

Eso me da para satisfacer el pagaré de ciento diez francos que vence mañana. Me faltaban cincuenta francos. ¿ Sabes que habríamos tenido el alguacil y una protesta ? No has hecho mala ratonera, tú, con tus chiquitas.

— Sin apercibirme de ello siquiera, dijo la mujer.

El raton cogido era bien mezquino ; pero el gato se regocija hasta con un raton flaco.

¿ Qué gente era esta de los Thénardier ?

Digamos ahora una palabra de ellos. Más adelante completaremos el croquis.

Aquellos seres pertenecian á esa clase bastarda que se compone de la gente ordinaria enriquecida y de los inteligentes que han venido á ménos, la cual se halla entre la clase que llaman média y la llamada clase inferior ; y suele combinar de ordinario algunos de los defectos de la segunda con casi todos los vicios de la primera, sin que tenga los generosos arranques del obrero ni la probidad ordenada de ciertos tipos de la clase média.

Eran de esas naturalezas mezquinas que, si algun fuego sombrío las enardece por casualidad, fácilmente se hacen

monstruosas. Había en la mujer el fondo de una bestia, y en el hombre la estofa de un miserable. Ambos eran en el más alto grado susceptibles de la especie de progreso horrendo que se opera en la senda del mal. Hay almas cangrejos que reculan sin cesar hacia las tinieblas, retrogradando en la vida en vez de adelantar, empleando la experiencia en aumentar su deformidad, empeorando de continuo y como tiznándose cada vez más con una negrura creciente. Aquel hombre y aquella mujer eran de esas almas.

El Thénardier sobre todo era embarazoso para un fisiognomista. No hay más que mirar á ciertos hombres para desconfiar de ellos, pues se los ve tenebrosos del uno al otro extremo. Son la inquietud por detras y la amenaza en su presencia. En ellos hay algo desconocido. Tan imposible es responder de lo que han hecho como de lo que harán. La sombra que arroja su mirada los delata. Sin más que oírlos decir una palabra ó verlos hacer un gesto, se entrevén sombras secretas en su pasado y sombras misteriosas en su porvenir.

Este Thénardier, si ha de darse crédito á lo que él decía, había sido soldado; sargento, según aseguraba; probablemente hizo también la campaña de 1815, y aún se condujo con notable bravura, según sus relatos. Más adelante veremos lo que hay de todo esto. La muestra de su posada era cierta alusión á uno de sus hechos de armas. Él mismo la había pintado, pues de todo sabía un poco, y mal.

Era la época en que la antigua novela clásica, que, después de haber sido *Clelia*, no era ya sino *Lodoiska*, siempre noble, pero cada vez más vulgar, descendiendo de la señorita de Scudéry á la señora Bournon-Malarme, y de la señora de Lafayette á la señora Barthélemy-Hadot, incendiaba el alma amorosa de las porteras de París y aún hacia estragos también en las afueras de la ciudad. Madama Thénardier tenía, á lo justo, la suficiente capacidad para leer

esta especie de libros. Era su pasto favorito, con el cual nutria ella el poco seso de que se hallaba dotada. Esto le había dado, desde joven aún, y aún después de su juventud, cierta actitud de pensadora para con su marido, especie de bribón solapado, rufian algo leído, fuerte sobre todo en gramática parda, grosero y fino al mismo tiempo, en punto á sentimentalismo, discípulo de Pigault-Lebrun, « y por lo que toca al sexo, » como él decía allá en su calor, buitre correcto y sin mezcla. Su mujer podría tener unos doce ó quince años menos que él. Más adelante, cuando su pelo, romanescamente lacio, empezó á pardear, cuando la Meguera se destacó de la Pamela, la Thénardier no fué ya otra cosa que una mala mujerona que había mal digerido novelas necias. Ahora bien, nunca se leen neciedades impunemente. De aquí resultó que su niña mayor recibió el nombre de Eponina; por lo que hace á la menor, la pobre criatura estuvo á punto de llamarse Gulnara; pero debió á no sabemos qué afortunada diversion hecha por una novela de Ducray-Duminil, el contentarse con el nombre de Azelma.

Por lo demás, y para decirlo de paso, no todo es ridículo y superficial en aquella curiosa época á la cual hacemos aquí alusión, y que pudiera llamarse la anarquía de los nombres de bautismo. Allado del elemento romanesco que acabamos de indicar, está el síntoma social. No es hoy raro el encontrar un mozo guarda-vacas que se llame Arturo, Alfredo ú Oscar, mientras que un vizconde, — si es que hay aún vizcondes, — lleva el nombre de Tomás, de Pedro, ó de Diego. Esta transmutación que coloca el nombre « elegante » en el plebeyo y el nombre campesino en el aristócrata, no es otra cosa que un remolino hecho por la igualdad. La irresistible penetración del hálito moderno se nota en esto como en todo. Bajo esa aparente disonancia hay una cosa grande y profunda, la Revolución francesa.

gato. Por lo demas, el gato y el perro eran comensales ordinarios de la familia; Coseta comia con ellos debajo de la mesa, en un cuenco de palo igual al de los animales.

La madre, que se habia fijado, como se verá más adelante, en M., escribia, ó por mejor decir, hacía escribir todos los meses, á fin de tener noticias de su niña. Los Thénardier respondian invariablemente: Coseta sigue muy bien.

Concluidos los seis primeros meses, envió la madre siete francos para el séptimo mes, continuando despues sus envíos mensualmente, con la mayor puntualidad. Aún no habia terminado el año, cuando Thénardier dijo un dia: — ¡ Vaya una gracia que nos hace la mujer con esa miseria! ¿ qué quiere que hagamos con sus siete francos? — Y escribió exigiendo doce francos. La madre, á quien ellos persuadian de que su niña era allí muy dichosa « y se iba formando muy bien, » se sometió á esta nueva exigencia y envió los doce francos.

Ciertas naturalezas no pueden amar por un lado sin aborrecer por otro. La tia Thénardier amaba con pasión á sus dos hijas, lo que hizo que detestara á la forastera. Triste es pensar que el amor de una madre pueda tener ciertos aspectos ruines. Por más que Coseta ocupara un espacio hasta mezquino en la casa, pareciale á ella que este espacio se tomaba del de sus hijas, y que aquella niña disminuía el aire que las suyas respiraban. Como otras muchas de su estofa, aquella mujer tenía una suma de caricias y otra suma de golpes y de injurias que repartir cada dia. Si no hubiera ella tenido á Coseta, es seguro que sus hijas, por más que las idolatrara, lo habrian recibido todo; pero la niña extraña las prestaba el servicio de encaminar los golpes hácia ella. Para sus hijas sólo quedaron las caricias. Coseta no hacía ni un solo movimiento sin que lloviera sobre su cabeza una granizada de golpes y de los casti-

II

LA CALANDRIA

No basta ser malo para prosperar. El bodegon iba de mal en peor.

Gracias á los cincuenta y siete francos de la viajera, Thénardier habia podido hacer honor á su firma, evitando que el pagaré fuese protestado. Pero habiendo tenido también el mes siguiente necesidad de dinero, la mujer llevó á París y empeñó en el Monte de Piedad el ajuar de Coseta, por una suma de sesenta francos. Una vez gastada esta cantidad, los Thénardier se acostumbraron á no considerar á la niña sino como á una criatura que tenían en casa por comodidad, y en tal concepto la trataron. Como ya carecia de su ropita, la vistieron con las camisas viejas y las faldas desechadas de las niñas de la casa, es decir, que la vistieron con harapos. Alimentábanla con las sobras de todos, algo mejor que al perro y algo peor que al

gos más violentos é inmerecidos. Dulce y débil criatura, que no debía comprender nada de este mundo ni de Dios, martirizada á cada instante, regañada, maltratada y golpeada, mientras que estaba viendo á su lado á otras dos niñas como ella, que vivían en una aurora de dicha!

Siendo la Thénardier mala para Coseta, era consiguiente que Eponina y Azelma fueran con ella malas también. Los niños, en esa edad, no son sino méros ejemplares de la madre, de forma más pequeña, pero de la misma naturaleza.

Pasó un año, y despues pasó otro año.

Entre tanto, decían en el lugar:

— Son muy buenas gentes esos Thénardier. ¡ No tienen medios, y están criando, con sus hijas, á otra pobre niña abandonada por su madre en la posada!

Creían, en efecto que la madre de Coseta la había abandonado.

Á este tiempo, habiendo sabido Thénardier, ignórase por qué vías oscuras, que probablemente aquella niña era bastarda, y que la madre no podía reconocerla, exigió quince francos mensuales, diciendo que « la chica crecía y comía, » y amenazando con enviársela á su madre. ¡ Que no me aburra y me emperre esa mujer! gritaba, porque le encajo allá la muchacha en medio de sus tapujos. Es preciso que me aumente. » La madre pagó los quince francos.

De año en año, la niña crecía, y con ella la miseria también.

Mientras que Coseta fué pequeña, era el yunque que sufría los golpes de las otras dos niñas; pero desde que se fué ya desarrollando un poco, es decir, aún ántes que tuviera cinco años, hicieron de ella la criada de la casa.

Á cinco años, se dirá, es inverosímil. ¡ Oh! es exacto. El sufrimiento social principia á todas edades. ¿ No hemos visto recientemente el proceso de un tal Dumollard, huér-

fano hecho bandido, que desde la edad de cinco años, dicen los documentos oficiales, siendo solo en el mundo, ¿ trabajaba para vivir, y robaba? »

Hacían ir á Coseta á los mandados, barrer las habitaciones todas de la casa, el patio, la calle, fregar los platos, y hasta conducir paquetes y bultos de toda especie. Los Thénardier se creyeron tanto más autorizados para obrar así, cuanto que la madre, que continuaba siempre en M., comenzaba á pagar ménos puntualmente; quedándose retrasados algunos meses.

Si aquella madre hubiera vuelto á Montfermeil al cabo de estos tres años, es seguro que no habría conocido á su hija. Coseta, tan bella y tan fresca á su llegada á aquella casa, estaba ahora flaca y pálida. Además tenía ciertos modales como de inquietud. ¡ Solapada! decían los Thénardier.

La injusticia la había hecho arisca y reservada, y la miseria la había vuelto fea. Ya no la quedaban sino sus hermosos ojos, que daba pena el verlos, porque, siendo como eran tan grandes, parecía que se veía en ellos mayor suma de tristeza.

Era muy doloroso el ver en el invierno á aquella pobre niña, que aún no tenía seis años, tiritando bajo unos viejos arameles de algodón llenos de agujeros, barrer la calle ántes de amanecer, con una escoba enorme en sus manecitas encarnadas y una lágrima apuntando siempre en sus grandes ojos.

Llamábanle en el lugar la Calandria. El pueblo, que gusta siempre del lenguaje figurado, había dado en aplicar este nombre á aquel sér diminuto, que no abultaba más que un pájaro, temblando sin cesar, como amedrentado y estremecido, el primero que despertaba todas las mañanas, en la casa y la población, siempre en la calle en los campos desde ántes del alba.

Sólo que la pobre calandria no cantaba jamás.